

Retrato del artista como propietario:

Mi bosque

por E. M. Forster

Hace unos cuantos años escribí un libro que trataba en parte sobre las dificultades de los ingleses en la India. Sintiendo a sí mismos a salvo de cualquier dificultad en la India, los norteamericanos leyeron el libro con toda libertad. Mientras más lo leían, mejor se sentían; el resultado fue un cheque para el autor. Con el cheque compré un bosque. No es un bosque grande —apenas tiene unos cuantos árboles, y lo cruza, desgraciadamente, un camino público. De cualquier modo, ésta es la primera propiedad que he tenido, así que está bien que otra gente participe de mi vergüenza, y que se hagan a sí mismos, en diferentes tonos de horror, esta importantísima pregunta: ¿Qué efecto tiene la propiedad sobre el carácter? No nos adentremos en el terreno económico; el efecto de la propiedad privada sobre la comunidad es una cuestión totalmente aparte —una cuestión más importante tal vez, pero otra, al fin y al cabo. Vamos a ceñirnos al terreno psicológico. Si se poseen cosas, ¿cuál es su efecto sobre uno?, ¿cuál es el efecto que mi bosque produce en mí?

En primer lugar, me hace sentir pesado. La propiedad tiene este efecto. Produce hombres gordos, y fue precisamente un hombre gordo el que fracasó al querer entrar al reino de los cielos. Este desafortunado personaje de la parábola no era un hombre malo, tan sólo terco; se midió el inflado pecho, no digamos el trasero, y mientras se

pesaba a sí mismo de esta manera frente a la cristalina entrada, tratando de disimular sus bien alimentados flancos, vio cerca de él a un camello, esbelto a comparación suya, pasando a través del ojo de una aguja y unirse al tejido del manto de Dios. A todo lo largo de los evangelios, la lentitud y la terquedad se hallan a la par. Señalan lo que es perfectamente obvio, y sin embargo, rara vez consciente: que si uno posee demasiadas cosas no puede moverse adecuadamente, que los muebles requieren ser sacudidos, los sacudidores requieren de sirvientes, los sirvientes requieren de seguro social, y la mezcla de todo ello lo hace a uno pensar dos veces antes de aceptar una invitación a cenar o a darse un baño en el Jordán. A veces los evangelios van más allá y dicen con Tolstoy que la propiedad es un pecado; en este punto, se aproximan al difícil terreno del ascetismo, en el cual no puedo seguirlos. Pero acerca de los efectos inmediatos de la propiedad sobre las personas, dan muestra de una lógica sincera. La propiedad produce hombres gordos. Los hombres gordos, por definición, no pueden moverse como el relámpago del Oriente al Occidente, y el ascenso de un importante obispo al púlpito, es exactamente la antítesis de la venida del hijo del hombre. Mi bosque me hace sentir gordo.

En segundo lugar, me hace sentir que mi bosque debería ser más grande.

El otro día, en mi bosque, escuché que se rompía una rama. Al principio me enojé porque pensé que alguien se estaba robando las zarzamoras, y con ello, disminuyendo el valor de las zarzas. Al acercarme más, vi que no era un hombre quien se había apoyado en la rama, rompiéndola, sino un pájaro, y me sentí complacido. Mi pájaro. El ave no se sintió igualmente contenta. Ignorando la relación entre nosotros, se asustó tan pronto vio mi cara, y voló encima de la valla de zarzas hacia un campo, la propiedad de la Sra. Henessy, donde se posó trinando ruidosamente. Se había convertido en el pájaro de la Sra. Henessy. Algo me pareció groseramente impropio en ese instante, algo que no hubiese ocurrido si el bosque fuera más grande. La idea de comprar la propiedad de la señora Henessy no me podía caber en la cabeza, y por otra parte, no me atrevía a asesinarla, limitaciones de este tipo me asediaban por todos lados. En el ejemplo bíbli-





co, Ahab realmente no quería esos viñedos, sólo los necesitaba para rodear su propiedad, antes de delinear una nueva cerca —y toda la tierra alrededor de mi bosque se ha vuelto necesaria para mí, vista la necesidad de rodearlo. Una cerca protege. Pero —pobrecita cosa— la cerca a su vez requiere ser protegida. Ruidos en la orilla. Niños arrojando piedras. Un poco más, luego un poquito más, hasta que alcancemos la orilla del mar. ¡Feliz Canuto! ¡Aún más dichoso Alejandro! Y después de todo, ¿por qué tiene que ser el mundo el límite de las posesiones? Un cohete tripulado por un norteamericano será enviado —así se espera— a la luna dentro de muy poco. Marte, Venus. Después de los cuales. . . Pero estas inmensidades terminaron haciéndome sentir triste. No podría suponer que mi bosque sea el núcleo destinado a dominar el Universo —es tan pequeño y sin otra riqueza en sus terrenos, excepto las zarzas. Tampoco me sentí bien cuando el pájaro de la Sra. Henessy se espantó por segunda ocasión y voló lejos de nosotros, bajo la creencia de que se pertenecía a sí mismo.

En tercer lugar, la propiedad hace sentir a su dueño que debería hacer algo por ella. Sin embargo, no puede estar seguro de qué. La inquietud cae sobre él, una vaga sensación de que tiene una personalidad que expresar —la misma sensación que, sin vaguedad alguna, conduce al artista a un acto de creación. A veces pienso que cortaré todos los árboles que quedan en el bosque, y en otras, quiero llenar los huecos que existen entre ellos con nuevos árboles. Ambos impulsos son pretenciosos y vacíos. No son maniobras honestas que busquen producir dinero o belleza. Parten de un tonto deseo de expresarme a mí mismo y de una torpeza que me impide disfrutar lo que tengo. Creación, propiedad, disfrute, forman una siniestra trinidad en la mente humana. Creación y disfrute son muy, muy buenos, pero con frecuencia son insostenibles sin una base material, y en esos momentos la propiedad se cuelga a la fuerza como un sustituto, diciendo, “Acéptame en su lugar, bien valgo por las tres”. Pero no es verdad. Es, como decía Shakespeare refiriéndose a la lujuria, “El gasto del espíritu en un desperdicio de vergüenza”.

Es “Primero una supuesta alegría; después;

un sueño”. Sin embargo, no sabemos cómo evitarlo. Es implantado en nosotros a la fuerza por nuestro sistema económico como una alternativa a morir de hambre. También ha enraizado en nosotros por un defecto interno del alma, por el sentimiento de que en la propiedad yace el germen del propio desarrollo y en consecuencia logros heroicos o exquisitos. Nuestra vida en el mundo es, y debe ser, material y carnal. Pero todavía no hemos aprendido a manejar nuestro materialismo y nuestra carnalidad adecuadamente; todavía están enredadas con nuestros deseos de posesión donde (en palabras de Dante) “La posesión es lo mismo que la pérdida”.

Y todo esto nos lleva al cuarto y último punto: Las zarzas.

Las zarzamoras no son abundantes en estas magras tierras, pero son fácilmente visibles desde el camino público que por ahí atraviesa, y son muy fáciles de recoger con guantes adecuados; también sin guantes, e incluso damas de tendencias educativas buscarán entre las zarzas algunos hongos venenosos para mostrarlos en la clase del Lunes. Otras damas, menos educadas, rodarán en brazos de sus caballeros amigos. Hay papeles, hay latas. Me pregunto, ¿me pertenece o no mi bosque? Y si me pertenece, ¿no sería una mejor forma de poseerlo el no permitir que nadie pase por él? Existe un bosque cerca de Lyme Regis, también maldicho por un camino público, donde el propietario no ha dudado al respecto. Ha construido altos muros de piedra a cada lado del camino, y los ha unido con puentes, de modo que la gente circula como termitas mientras él se harta con las invisibles zarzamoras. El sí que verdaderamente posee su bosque, al menos cuanto a sus mandíbulas toca. Zambullirse en el infierno estuvo muy bien, pero el golfo que lo separa de Lázaro sólo puede ser atravesado por una visión, y nada lo atraviesa en este caso. Quizá con el tiempo también llegue yo a eso. Levantaré muros por dentro y cercaré por fuera, hasta que realmente saboree las mieles de la propiedad. Inmensamente terco, infinitamente avaro, pseudo creativo e intensamente egoísta, ostentaré sobre la frente la cuádruple corona de la posesión, hasta que estos “cochinos comunistas” vengan y me arrebaten mi propiedad nuevamente, y me arrojen afuera, a la obscuridad.